



**Andrée
A. Michaud
Bondrée
La frontera
del bosque**

Verano de 1967. El sol brilla sobre Bondrée, un lago fronterizo rodeado de bosques. Son tiempos de risas y despreocupación. Zaza Mulligan y Sissy Morgan bailan el hula-hop sobre la arena caliente, los niños corren por la playa y la radio emite entre chirridos los éxitos de un verano perfumado por las barbacoas. Casi es la felicidad, y luego Zaza desaparece y el cielo se llena de nubes. Los padres de familia, angustiados, empiezan a desconfiar de sus vecinos. Cuando Sissy desaparece a su vez, el inspector Michaud sospecha de las trampas que encierran las profundidades silenciosas del bosque.

A mi padre.

Bondrée es un territorio en el que las sombras resisten a las luces más crudas, un enclave en el que la abundante vegetación conserva el recuerdo de los bosques intactos que cubrían el continente norteamericano hace tres o cuatro siglos. Su nombre procede de una deformación de «boundary», frontera, aunque ninguna línea de demarcación marca la pertenencia de este lugar a un país diferente del que forman los bosques templados que van de Maine, en Estados Unidos, al sudeste de la Beauce, en Quebec. Boundary es una tierra apátrida, un *no man's land* que engloba un lago, Boundary Pond, y una montaña que los cazadores conocen como Moose Trap, la trampa de cazar alces, tras haber observado que los alces que se aventuran por la orilla oeste del lago pronto quedan atrapados en el flanco de la masa de rocas escarpadas que los devora con la misma indiferencia que devora las puestas de sol. Bondrée abarca varias hectáreas de bosque, que reciben el nombre de Peter's Woods, del nombre de Pierre Landry, un trampero franco-canadiense que se había instalado en la región a comienzos de los años 1940 huyendo de la guerra, huyendo de la muerte al tiempo que la infligía. En este edén, unos diez años más tarde, algunos urbanitas en busca de silencio levantan algunas cabañas, forzando a Landry a refugiarse en el bosque profundo, hasta que la belleza de una mujer llamada Maggie Harrison lo incitó a rondar de nuevo el lago, poniendo en marcha el engranaje que convertiría su paraíso en un infierno.

Los niños ya llevaban mucho rato en la cama cuando Zaza Mulligan, el viernes 21 de julio, entró por el camino que llevaba a la casa de sus padres, canturreando *Whiter Shade of Pale*, que Procol Harum había propulsado, junto a *Lucy in the Sky with Diamonds*, al cielo estrellado del verano de 1967. Había bebido más de la cuenta, pero le daba igual. Estaba encantada de ver los objetos bailar con ella y los árboles ondular en la noche. Le gustaba la languidez del alcohol, la extraña inclinación que iba adoptando el suelo inestable, que la obligaba a alzar los brazos como un pájaro que despliega sus alas para seguir los vientos ascendentes. *Bird, bird, sweet bird*, cantaba, sobre una melodía carente de sentido, una musiquita de niña borracha, con sus brazos larguiruchos imitando al albatros, ave de otros cielos que se balancea sobre mares agitadas. Todo se movía a su alrededor, todo se animaba con una vida blanda, hasta la cerradura de la puerta de entrada, en la que no lograba introducir la llave. *Never mind*, pues de verdad que no tenía ganas de entrar. La noche era demasiado hermosa, las estrellas brillaban demasiado. Así que había dado media vuelta, recorriendo de nuevo el camino bordeado de cedros para echar a andar sin más objetivo que emborracharse con su borrachera.

A unos metros del *camping*, había entrado en Otter Trail, el sendero donde se besó con Mark Meyer, a principios de verano, antes de correr a contarle a Sissy Morgan, su amiga desde siempre y para siempre, en la vida como en la muerte, en la vida como en la eternidad, que Meyer besaba como una babosa. El recuerdo desvaído de la lengua flácida que buscaba la suya como un sacacorchos había llevado un reflujo de bilis ácida hasta su garganta, que había combatido escupiendo, casi sobre sus sandalias nuevas. Dando algunos pasos torpes que le habían arrancado un acceso de hilaridad, se había internado en el bosque. La arboleda estaba tranquila, sin ruido alguno que alterase la quietud, ni siquiera el de sus pasos sobre el suelo esponjo-

so. Luego, un ligero soplo de viento había rozado sus rodillas y había escuchado un chasquido a sus espaldas. El viento, se dijo, *wind on my knees, wind in the trees*, sin preocuparse demasiado del origen de este ruido en medio del silencio. Se había sobresaltado al ver correr a un zorro delante de ella y se había puesto a reír de nuevo, con cierto nerviosismo, pensando que la noche daba miedo porque a la noche le gustaba ver el miedo en los ojos de los niños. *Isn't, Sis?*, había murmurado, recordando los días lejanos en los que, junto a Sissy, intentaba provocar a los fantasmas que poblaban el bosque, como el de Pete Landry; el de Tángara, la mujer cuyos vestidos rojos habían embrujado a Landry; el de Sugar Baby, cuyos ladridos se escuchaban en el alto de Moose Trap. Todos estos fantasmas habían desaparecido de la mente de Zaza, mientras la negrura del cielo sin luna reavivaba el recuerdo del vestido rojo huyendo entre los árboles.

Se disponía a meterse en un sendero que cortaba Otter Trail cuando otro chasquido resonó a sus espaldas, más fuerte que el primero. El zorro, se dijo, *fox in the trees*, resuelta a que la oscuridad no estropease su placer desenterrando estúpidos temores infantiles. Estaba viva, estaba ebria y no importaba que el bosque se desmoronase a su alrededor. No se rendiría ni a la noche, ni a los ladridos de un perro muerto y enterrado desde hace siglos. Había empezado a cantar de nuevo *A Whiter Shade of Pale*, entre los árboles ondulantes, imaginándose que bailaba un *slow* tórrido entre los brazos poderosos de un desconocido, hasta que se detuvo en seco al tropezar casi con una raíz retorcida.

El chasquido estaba más cerca y esta vez el miedo había conseguido abrirse camino sobre su piel húmeda. *Who's there?*, preguntó, pero el silencio había caído de nuevo sobre el bosque. *Who's there?*, había gritado, y, luego, una sombra había cruzado el sendero y Zaza Mulligan había empezado a retroceder.

Pierre Landry

Me acuerdo de Weasel Trail y de Otter Trail, me acuerdo de Turtle Road, de la Côte Croche y de los colimbos, las olas y los embarcaderos flotando entre la bruma. No he olvidado nada de los árboles de Bondrée, de un verde tan penetrante que ahora me parece nacido de la luminosidad del sueño. Y, sin embargo, no hay nada más real que estos bosques por los que todavía corre la sangre de los zorros rojos, no hay nada más verdadero que estas aguas dulces en las que me bañé mucho tiempo después de la muerte de Pierre Landry, cuya presencia rondaba todavía por el corazón de Bondrée.

Circulaban muchas historias sobre este hombre que decían preso de una rabia extraña, historias de bestialidad, salvajismo y locura, que contaban que, al rechazar la guerra, Landry había firmado un pacto de sangre con el bosque. Algunos desenterraban leyendas absurdas para explicar por qué Landry se había ahorcado en su cabaña, aunque la versión más plausible solo hablaba de una historia de amor y de una mujer, a la que llamaba Tángara, al confundir sus vestidos rojos con el vuelo de las aves escarlata. El recuerdo de aquella mujer, espontáneamente asociado al de Landry, había ido impregnando poco a poco la memoria de Boundary. La habían convertido en un fantasma que los niños invocaban al caer la noche, acechando las tinieblas que bailaban sobre los guijarros. Tángara, susurraban asustados, Tángara de Bondrée, esperando ver surgir de la niebla que lamía las orillas la silueta de esta mujer-ave nacida de algunos retales de seda roja ensamblados por la mente calenturienta de Landry. Por mi parte, invocaba a Tángara con un temor difuso a que su fantasma se materializase ante mí y me atrapase. Prefería, encaramada a un árbol inmenso, acechar la llegada deslumbrante de las tángaras en la espesura de Bondrée, apenas afectada por la construcción de la carretera que llevaba al lago.

Decían que esta carretera había obligado a Landry a retroceder al fondo del bosque, esta carretera y las casas que

trajo, y los hombres, las mujeres, las voces que acompañaban el estruendo de las excavadoras y los motores. Poco tiempo después de todos estos cambios, habían aparecido manchas de color en el paisaje todavía virgen, creando un pequeño enclave en el que, varios meses al año, la mancha de color se ponía en movimiento, enfrentándose a la inmensidad del verde en cuyo núcleo Landry había establecido su ridículo imperio.

A pesar del número relativamente poco elevado de veraneantes, la presencia del hombre contrariaba durante unos meses a la naturaleza salvaje del lugar. Desde comienzos de junio, se empezaban a oír portazos, la crepitación de las radios mal sintonizadas, a veces un niño gritando que había atrapado un pescadito. En julio, Bondrée ya se animaba, con su carga de adolescentes, madres extenuadas, animales de compañía y coches familiares, cargados hasta tal punto que casi echaban humo en la última curva que llevaba a Turtle Road, el camino de grava que circundaba el lago, que tomaba, decían, la ruta trazada por el lento éxodo de las tortugas llegadas de ríos primordiales. Todas estas personas, cuyos coches pasaban tranqueando por Turtle Road, formaban una comunidad mixta en la que anglófonos y francófonos procedentes de Maine, New Hampshire o Quebec se codeaban casi sin hablarse, contentándose a menudo con un gesto de la mano, *bonjour* o *hi!*, para marcar las diferencias, indicando a un tiempo el vínculo que los unía a ese lugar, que habían elegido movidos por su pertenencia lejana a una naturaleza que los excluía.

Nosotros llegábamos pasado San Juan y acabado el curso, lloviera o hiciera sol. Aquel verano, mi padre nos había pagado tres días de tobogán acuático La Pitoune, algodón de azúcar, perritos calientes y viajes intersiderales en la Expo 67, tras los cuales, ahítos de África y de sputniks, habíamos tomado el camino de Bondrée, recuperando así los gestos familiares sin los que ningún verano hubiera sido digno de este nombre.

El ritual siempre era el mismo y tenía el sabor de una libertad que solo podía estar emparentada con la inconsciencia. Mientras mis padres descargaban el coche, yo bajaba hasta el lago a emborracharme con los aromas de Bondrée, mezcla de agua, pescado, coníferas recalentadas y arena mojada, combinados con el olor ligeramente mohoso que impregnaba la casa hasta septiembre, a pesar de las ventanas abiertas, a pesar de las emanaciones de la carne a la parrilla y el pudín de fruta, del aroma acre de las flores silvestres recogidas por mi madre. Estos olores que corrían desde junio a las noches frescas solo se pueden comparar con la humedad de la atmósfera que componía mi memoria infantil, saturada de verde y azul, de gris cubierto de espuma. En el interior de su espectro soleado contienen el calor húmedo de los veranos en los que crecí.

Solo tenía seis años cuando mis padres compraron la cabaña, una construcción de troncos de cedro rodeada de abedules y abetos que daban sombra a un porche acristalado desde el que podíamos admirar el lago. Por esta razón habían adquirido la propiedad, por el porche y por los árboles, que les daban acceso a un sueño de pureza que la vida les había arrancado. Apenas habían cumplido los veinte cuando nació mi hermano Bob, veintitrés cuando llegué yo, veintiocho cuando Millie apareció y, aunque no por eso habían envejecido, su imagen de la felicidad se había empequeñecido, había tomado la forma de un porche y un jardín loco en el que crecían revueltos el perejil y los gladiolos.

Yo no sabía nada de los sueños esfumados junto con la virginidad de mi madre, arrasados por los pañales sucios y el pago de las múltiples facturas que se acumulaban en la mesa de trabajo de mi padre, encajada en un rincón del salón. No me daba cuenta de que mis padres todavía eran jóvenes, de que mi madre era guapa, de que mi padre se reía como un niño cuando conseguía olvidar que ya tenía tres. El sábado por la mañana se encaramaba a su vieja bi-

cicleta y daba la vuelta al lago en más o menos cuarenta minutos. Mi madre cronometraba, miraba cómo se deslizaba entre los árboles, tomaba la curva de la ensenada de los Ménard y lanzaba un grito de victoria cuando batía su propio récord. ¡Treinta y nueve minutos, Sam!, gritaba con un entusiasmo cuyo ardor no podía comprender, pues ignoraba que mi padre era un atleta reconvertido en ferretero, que hubiera podido ganar de calle al puñado de adolescentes que intentaban impresionar a las chicas tirándose cuesta abajo por la Côte Croche, que los ingleses llamaban Snake Hill, con los pies sobre el manillar de la bicicleta.

La vida de mis padres empezaba conmigo y no podía ni imaginarme que tuvieran un pasado. La niña que posaba en blanco y negro desde las fotos guardadas en la caja de bombones Lowney's que hacía las veces de álbum familiar no se parecía en nada a mi madre, como tampoco el niño de pelo rapado que mordisqueaba una brizna de heno cerca de una valla de estacas se parecía en nada a mi padre. Estos niños pertenecían a un universo que no tenía ningún punto en común con los adultos, cuya imagen inmutable era garante de la estabilidad del mundo. Florence y Samuel Duchamp solo tenían identidad como proveedores, protectores o mero obstáculo para nuestros planes. Estaban ahí y siempre estarían ahí, figuras familiares para las que yo era la única razón de ser, junto con Bob y Millie.

Hasta aquel verano, cuando los hechos se precipitaron y mis puntos de referencia se empezaron a tambalear, no comprendí que la fragilidad de aquellos personajillos confinados en la caja de bombones Lowney's había sobrevivido a los años, junto con esos miedos sepultados en el corazón de cualquier infancia, que suben instantáneamente a la superficie al comprobar que la estabilidad del mundo descansa sobre una base que puede llevarse por delante el menor sople de viento de través.

Sissy Morgan y Elisabeth Mulligan, conocida como Zaza, las dos chicas por las que llegaría la desgracia, solo eran unas niñas cuando nos mudamos a Bondrée, pero ya eran inseparables, Zaza siempre vestida como Sissy, y a la inversa. Parecían gemelas, una pelirroja y la otra rubia, tirándose cuesta abajo por la Côte Croche, gritando *look, Sissy, look!, run, Zaza, run!*, perseguidas por alguna criatura ignota que las obligaba a correr hasta quedarse sin aliento. *Run, Zaza, run!* Mi madre las llamaba las Andrews Sisters, aunque las hermanas Andrews eran tres y cantaban cien veces mejor que Sissy y Zaza.

A mi madre, Florence Richard de soltera, le encantaba todo lo pasado de moda, incluyendo las Andrews Sisters. A veces intentaba bailar siguiendo el ritmo de *Boogie Woogie Bugle Boy*. En los escasos momentos en los que se dejaba arrastrar por lo que me parecía una forma de exhibicionismo, me largaba lo más lejos posible de la voz de las hermanas Andrews que sonaba chirriante en el antiguo tocadiscos de la cabaña, pues me daba vergüenza ver a mi madre ponerse en evidencia. El baile no era cosa de madres. La juventud tampoco. Solo existían para las LaVerne, las Maxene, las Patty Andrews, para el tipo de chicas que acabarían siendo como Zaza Mulligan y Sissy Morgan, igual que Denise Lachapelle, una de nuestras vecinas de la ciudad, que se vestía de forma provocadora y tenía un montón de amigos que pasaban a recogerla el sábado por la noche en el descapotable o en la moto, una Kawa 750 que rugía en el aire tibio y despertaba la envidia de mi padre, que ni siquiera podía permitirse cambiar el viejo Ford 59.

Para mí, Sissy y Zaza eran unas Denise Lachapelle en potencia, que volverían locos a los chicos y se maquillarían el sábado por la noche, pero para casi todo el mundo solo eran niñas mimadas, caprichosas, necesitadas de amor, que no tenían nada prohibido, iban donde las llevaba el viento, apoyándose la una en la otra, y que acabarían rompiéndose la crisma. No eran mala gente. Eran plantas que crecían sin

tutor, así que era normal que fueran buscando el sol. Hubiera querido ser la que transformase el dúo en trío, aunque ellas no tenían ningún interés por una mocosa cuatro o cinco años más pequeña que creía impresionarlas mostrándoles su colección de insectos vivos o cazando sapos. *Hew!*, exclamaban, *is this your brother?* Luego se tronchaban de risa y me daban un caramelo o una bola de chicle, porque les parecía muy mona, *she's so cute, Sissy*. Y, para terminar, se marchaban corriendo y me dejaban sola con mi sapo, mis saltamontes, mis cigarras y mis golosinas. A veces le preguntaba a mi madre qué quería decir «frog», «fac» o «chis». Queso, me contestaba, mientras su sonrisa se ensanchaba con la palabra «cheese» y hacía un volatín de madre sobre la palabra «fac», una pirueta infantil que no le haría revolotear demasiado la falda. Entonces me describía animales que vivían en el Polo Norte y hablaban en esquimal, cualquier cosa, respuestas de personas mayores que han olvidado hasta qué punto una palabra desviada de su sentido puede ser perturbadora para la infancia.

En cambio, nunca me comía los caramelos. Los guardaba en mi cofre del tesoro, una caja de lata rectangular con un árbol de Navidad pintado, en la que guardaba también piedras, plumas, ramitas y pieles de serpiente. Me guardaba las bolas de chicle para momentos especiales, cuando acababa de ver un mapache hurgando en los cubos de la basura o una trucha atrapar una mosca en la superficie del lago. El más insignificante excremento de liebre pegado a mis mocasines de paño rojo se convertía en un motivo para correr a esconderme bajo un pino de Virginia cuyas ramas rozaban el suelo, un espacio sombreado que llamaba mi cabaña. Allí le quitaba el papel a la bola de chicle repitiendo *here, a baby yum for you, littoldoll*. Con mis aires de chico, la verdad es que no me parecía en nada a una muñeca, aunque estaba orgullosa de proyectar a la vista de las dos criaturas más fascinantes de Bondrée, incluyendo los saltamontes y las salamandras, una imagen a la altura de la

perfección de su universo dorado. Aplastaba la *baby yum* con la yema de los dedos, hasta dejarla blandita, y me la pegaba al paladar sonriendo: *here, littoldoll*. Estas bolas de chicle eran una especie de antepasados de los Pall Mall que envidiaría más tarde, la marca distintiva de Sissy y de Zaza, que eran capaces de hacer estallar enormes globos sin que se les pegaran a la cara. En mi cabaña, me entrenaba haciendo globos, como quien se entrena haciendo aros de humo, y luego enterraba el chicle bajo las agujas del pino y volvía al lago, a seguir la pista de las ardillas, a todo lo que entonces me parecía fundamental, a esas cosas sencillas cargadas de olores que me permitirían revivir mi infancia y alcanzar la sencillez de la felicidad cada vez que un batir de alas despertara un aroma de enebro.

El último verano que pasamos en Bondrée estuvo cargado de un nuevo olor, el de la carne, el sexo y la sangre mezclados, que subía del bosque húmedo al caer la noche y que los ecos del nombre Tángara transportaban hasta la montaña. Sin embargo, nada hacía presagiar ese aroma tenaz cuando las hogueras, una a una, se encendían alrededor del lago, la de los Ménard, la de los Tanguay, la de los McBain. Nada parecía capaz de ensombrecer la indolencia bronceada de Boundary, pues estábamos en el verano de 1967, el verano de *Lucy in the Sky with Diamonds* y de la Exposición Universal de Montreal, porque era el *Summer of Love*, clamaba Zaza Mulligan, mientras que Sissy Morgan entonaba *Lucy in the Sky* y Franky-Frenchie Lamar bailaba el hula-hula con su aro naranja en el embarcadero de los Morgan. Julio nos regalaba su esplendor y nadie podía sospechar en ese momento que los diamantes de Lucy pronto acabarían triturados por los cepos de Pete Landry.

Y, sin embargo, el eco de las trampas llegó hasta los confines de Maine, ya que Zaza Mulligan y Sissy Morgan, consideradas el tipo de chicas fáciles de olvidar al cabo de una noche, pronto marcarían al rojo vivo la memoria de Bondrée, demostrándonos que los seres como Pete Landry,

íntimamente unidos al bosque, nunca terminaban de morir del todo. Tras los pasos de Landry, se internarían por los meandros de una naturaleza pisoteada por el hombre, para convertirse en leyendas a su vez, historias en las que la pelirroja y la rubia se acabarían confundiendo, pues, cuando veíamos a Sissy, estábamos seguros de estar viendo a Zaza. Los niños habían inventado una canción estúpida, sobre la melodía de *Only the Lonely*, que cantaban cada vez que pasaban las chicas contoneándose, pero a ellas no les importaba, eran las princesas de Boundary, las lolitas pelirroja y rubia que hacían babear a los hombres desde el momento en que aprendieron a usar sus piernas bronceadas como cebo de las miradas.

La mayor parte de las mujeres no las querían, no solo porque un día u otro sorprendían a sus maridos o novios mirando de reojo el ombligo de Zaza, sino también porque a Sissy y a Zaza no les gustaban las mujeres. Zaza solo soportaba a Sissy, y viceversa. Las otras eran meras competidoras, cuyo potencial de seducción calibraban dándose codazos y echando risitas. A los hombres tampoco les gustaban estas chicas, que no parecían tener más objetivo que excitar en ellos lo que —creían— era exclusivo de otros hombres. A sus ojos, eran meros objetos acerca de los que se podía fantasear, imaginando las peores guarradas. Zaza con las piernas abiertas, Sissy arrodillada, calientapollas de usar y tirar junto al pañuelo de papel, avergonzados de haber actuado como todos los hombres, cuando su esposa los llamase para cenar.

Así que nadie se sorprendió al saber lo que les había ocurrido. Se lo habían buscado, es lo que la mayor parte de la gente no podía evitar pensar, y este pensamiento hacía crecer en ellos una especie de arrepentimiento pegajoso que los empujaba a liarse a puñetazos, abofetearse hasta la sangre, porque estas chicas estaban muertas, Dios, *dead, for Christ's sake*, y nadie, ni ellas ni nadie, merecía el final que les había tocado. Tuvo que ocurrir esta desgracia para